EL CISNE,

PERIODICO SEMANAL

de literatura, historia, moral, costumbres, artes, modas y conocimientos útiles.

Sale todos los jueves. Se suscribe á 4 reales cada mes para Valencia, 5 para los pueblos de la provincia, y 6 para fuera de ella, franco de porte. Puntos de suscripcion; imprenta á cargo de Lluch, plaza del Embajador Vich, y en la de D. Mariano Cabrerizo, calle de San Vicente.

INFLUENCIA DE LAS COSTUMBRES EN LA LITERATURA.

Rollin ha dicho que los escritores son el tipo y el epitome de cuanto piensan y obran sus contemporáneos. Las edades olímpicas de la Grecia, los dias de Homero y las semanas de los profetas de Judéa, ofrecen aquel carácter dulce y sublime que, copia ó por mejor decir, pura inspiracion de una naturaleza virgen, ofrecen la risa del corazon, el placer de la virtud y la esperanza de un porvenir envuelto en los perfumes de una eterna primavera. Leyes sencillas, precisas, claras y dictadas la mayor parte por la mas austera filosofia, y unas costumbres que todavia llevaban el sello de los buques que rejuvenecieron despues del diluvio de Noé, ó bien segun la idea de los griegos, del de Deucalion, esparcian en derredor del hombre la calma de la última luz de una tarde de primavera, y la felicidad de la virgen reclinada sobre flores al lado de algun hermoso cazador dormido. Leyen-

do á Homero, como el Chactas de Chateaubriand, el corazon se llena de suavidad, y se vé al estrangero, enviado por los dioses, cantando unos versos divinos, y de una armonía puramente sentimental. Tiernos, sencillos, espirituales casi todos los poetas de los tiempos homéricos, son como los ruisenores del bosque, ya festivos, ya enamorados, ya junto á la mesa de los dioses, y ya esperando junto á un lecho de flores que la brisa de las florestas derrama sobre el corazon de la virgen dulces sueños de amor. Igual carácter distingue á los poetas de las épocas primeras de la fundacion de Roma. Pero cuando las conquistas de Alejandro el grande, la dominacion de los romanos en casi todo el mundo conocido entonces, la caida de Cartago, los tronos de los Césares, la division del imperio del mundo entre Bizancio y Roma, la irrupcion de los bárbaros del Norte, las guerras contra los sarracenos, las cruzadas, la inquisicion, el descubrimiento del nuevo mundo, la república francesa y la sombra colossal de Napoleon, han hecho perder las inspiraciones de la primitiva naturaleza,

no encontramos entre la serie no interrumpida de sacudimientos sociales otra copia de Homero que los cantos de Ossian. Este bardo caledon, nacido entre los inglands, rey poeta y sencillo como los cantores escoceses, es el último resto de poesía homérica que no ha sufrido la mancilla de los siglos. Horacio grande como las victorias de las águilas de Escipion y de Pompeyo; el ariosto fantástico como los caballeros de la tabla redonda ó de Artar de Bretaña; Dante y Petrarca enamorados como los Paladines de Gabriela de Coucy, y el Tasso lleno de nuevas inspiraciones como los sábios de la corte de Leon x, y de los médicos; Milton religioso como los devotos del siglo de las disputas teológicas; Voltaire como el preludio de una revolucion moral y extraordinariamente chocante de la república francesa, y en fin Byron Walter Scott, Cooper, Moore, Coleridge, Victor Hugo, Dumas, Scribe y Barthelemy, como hijos de unos tiempos de duda, de vértigo, de sacudimiento, de opiniones, de oro en fin y de hierro; todos, todos marcan su época, todos participan del carácter de su edad. Ni en el día puede suceder lo contrario. El choque de las opiniones políticas, el desarrollo de las luces, la libertad de imprenta y la sangre que ha inundado el mundo como en los tiempos de Mario y Sila, de los Guelfos y Gibelinos, de los Hugonotes, de Cromwel, y de la convencion, han llenado al hombre filósofo, y al hombre literato, de horror y de despecho, y del centro de su melancolía se elevan alguna vez á Dios, buscando la inspiracion, porque en torno de ellos ruge la calamidad, porque la corrupcion, el libertinage, el encono y la afliccion de grandes masas imprimen en el alma contempladora imágenes que ya no son de los sueños del Piudo, sino de los pensamientos que asaltan la imaginacion del hombre perdido en una noche oscura á los bordes de un precipicio. Los estrechos límites de un periódico no nos permiten dilatar este artículo, y estender unas ideas, que los sábios marcarán

con estension, cuando el munde dé paz á los hombres.

V. Boix.

BELLAS ARTES.

Cuando la imaginacion retrocede á los siglos que pasaron, y pintándose á sí misma las costumbres, las creencias, la barbarie, las supersticiones y las vicisitudes de aquellos remotos tiempos por los recuerdos de una historia que parece estar escrita con sangre, se para un momento á pensar, parece increíble lo que descubre, lo que adivina. Al través de un velo sombrío, se vé una generacion y otra hervir, y agitarse y chocar horriblemente, como se vén las olas del alto mar desde una torre de la playa: vé cien y cien pueblos sepultados en el abismo por el volcan de la guerra, ó estrellados en el sepulcro del tiempo al peso de sus vicios envejecidos. Allá se levanta una tribu indómita y feróz para dominar á otra, y humea la sangre, y arden los sepulcros y se abisman los templos. Todo es horror. Los hombres se destruyen; las naciones acaban: todo es escombros, montes de cadáveres: los gemidos de tantos millares de víctimas, se confunden con los himnos de alegría que entona el vencedor: todo es destruccion. El vencido es muerto ó esclavo; el que canta el triunfo, solemniza el delito, santifica el crimen. Crímenes y nada mas nos ha trasmitido la historia del mundo. Con sangre y destruccion se ha divinizado la tiranía de los poderosos; con sangre y destruccion la han condenado los débiles cansados de sufrir. Los hombres de la ambicion y de la guerra arrastran por el polvo y destruyen, los hombres de las artes, crean y se elevan á Dios.

La creacion es el genio, la ejecucion el talento: sin el talento y el genio no se forma un artista. La gloria es el alimento de las artes; la inmortalidad es el

premio del artista que eternizan en sus obras las generaciones: la idea de la inmortalidad influye poderosamente en la imaginacion del hombre creador. ¡Qué bello es imitar la naturaleza! ¡Qué desgracia no conocer sus bellezas para gozar momentos de entusiasmo en que la expansion del alma dulcifica el corazon, engrandece la mente y produce la virtud! Las artes embellecieron el mundo; templaron la áspera condicion del hombre; humanaron sus costumbres, hicieronle amar la sociedad y las leyes, dominaron los elementos; abrieron caminos en los mares; levantaron muros y templos y ciudades; despojaron al hombre de su natural rudeza; formaron los armoniosos sonidos de la música para arrobar los sentidos; y hasta enfrenaron las pasiones que envilecen, y mandaron la direccion del rayo. Las artes y las ciencias subliman el espíritu; engrandecen el mundo, perfeccionan la naturaleza, y trazan el sendero de la virtud, del bien y de la gloria.

El pais en donde no se cultiven y aprecien las artes y las ciencias, no puede producir mas que vicios y delitos. El príncipe que no ame y proteja la agricultura, las artes, el comercio y las luces, no puede ser rico, poderoso y honrado; y la nacion regida por un príncipe pobre, no tardará en hundirse en la miseria y perecer.

Las artes tuvieron su cuna en Atenas, las ciencias en Egipto: los romanos imitaron en ambas á los griegos, y Roma fué grande y gloriosa bajo la dominacion del génio y de la inteligencia. Algunos trozos de escultura desenterrados de las ruinas de la antigua Itálica, es lo único que nos ha trasmitido su historia artistica. En España no pudieron brillar las artes en muchos siglos despues, á causa de la dominacion de los bárbaros. De los hispano-feniceos, celtas, griegos y romanos, ninguna memoria nos quedó. Los godos, pueblo bárbaro y estúpido, no cultivaron las artes, escepto la arquitectura; destruyeron mucho, y crearon

nada. ¿Y qué podíamos esperar de los árabes, á quienes está vedada por el Alcoran la representacion de la figura humana, y no reconocian entre ellos pintores ni escultores, viéndose reducidos á la profesion de adornistas y perfumistas?

En el siglo XIII comenzó á estenderse aunque lentamente la escultura enlazada á la arquitectura. En el siglo XIV estendió sus progresos la escultura, y aparecieron en varios puntos de España profesores de mérito. El sepulcro de Felipe II, el de D. Pedro Tenorio y el de Fernan Gonzalez, son los monumentos que nos dejó aquél siglo en la catedral de Toledo. Levantaron su vuelo los genios artisticos en el siglo XV, y en el XVI llegaron las bellas artes al último grado de esplendor. Italia y Flándes envidiaron la gloria artistico-española. La conquista del Nuevo Mundo inundó de oro nuestro pais, y nada faltaba á nuestra prosperidad, mas que un gobierno que supiese conservarla. Pero cayeron las artes, y á las virtudes, y á la gloria, y á la riqueza nacional, sucedieron los vicios, la deshonor y la miseria. En 1623 llegó á Madrid el príncipe de Gales, y trasladó á Inglaterra muchos y escelentes cuadros; y Felipe IV le regaló algunos de gran mérito. En esta época se habia generalizado el buen gusto en la corte; pero fué la primera de la estraccion de pinturas del reino, y poco despues comenzó su decadencia, sin embargo que algunos profesores de gran mérito se empeñaron en sostener la gloria artistico-nacional, como Francisco Ribalta, los Zariñenas y Gerónimo Espinosa en esta capital, Pedro Oronte vagando por España, y Luis Tristan en Toledo: al fin perdieron las artes su dominio y esplendor, y á su decadencia siguió su ruina: murieron en el siglo XVII bajo el carro de la guerra civil que inundó á España en un lago de sangre. Felipe V, Fernando VI, Carlos III y aun Carlos IV, trabajaron por desenterrarlas, y nos dejaron las últimas memorias que nos quedan de la antigua

proteccion de las bellas artes en España.

J. M. Bonilla.

PENSAMIENTO I.

EL HOMBRE.

Dejemos al hombre de la sociedad europea civilizada entre el hálito perfumado de sus orgías y el bullicio monotonoso de sus córtés.... Este hombre no es el hombre de la naturaleza. Los hielos del Spitzberg, los bosques del alto Canadá, las orillas del Orinoco, los desiertos que cercan de soledad y silencio las faldas del Atlas, los aduares egipcios de las tribus nómadas, las minas de Golconda, los escondidos pueblos de la India, las guaridas del Caucasó ó del Taurus, y esos navíos errantes que cruzan las olas solitarias del Occéano esconden grandes masas de hombres, cuyos nombres no se han escrito mas que en algun registro de un comerciante, y que tal vez los mismos individuos no saben pronunciar. Han conocido á sus padres con el instinto del ser, pero no han derramado lágrimas del corazón: pero tampoco su corazón se ha aplastado jamás bajo el peso de unos dias nebulosos; llenos de dudas y de esperanzas. Los discípulos de la Academia ó del Pórtico de Atenas, los hijos de Epitecto, los Bonzos, los Bracmas, los senadores del altivo campidolio, las asambleas del Wasingthon ofrecen hombres cuya cabeza ha sentido arrancar uno á uno los cabellos, cuando la primavera les presentaba todavía encantos de amor; cuando el mundo les halagaba aun. Hombres que bebían las lágrimas en las copas de sus festines; hombres que ruedan entre las oleadas de una inmensa poblacion. Pobre, desnudo, hambriento; ya cobarde, ya audáz, se arastra por los desiertos ó los bosques antdiluvianos del globo, ó sobre las tablas de un buque sin recordar el dia de ayer, sin pensar en el dia de mañana, sin goces hoy, sin uno de aquellos pensamientos que al reclinar la frente en una al-

mohada convidan á dormir, porque una idea feliz para mañana les adormece con alguna ilusion, que tal vez al lucir la nueva aurora, es mas lúgubre en su espantosa realidad que el sueño al pié de un patíbulo lleno. ¡Los tiempos de los Patriarcas y los dias de Antenor han acabado para la humanidad!.... El hombre! quién definió á este llamado rey de la creacion! Raquítico, veleidoso y miserable, no es feliz mas que elevando su mente sobre esta atmósfera, ó buscando la luz de una bugía en las horas en que suspiran los recuerdos, ó teniendo un momento de fé.

Ora medite el hombre en la hambre, ora organice en el poder, ora calcule como Newton, ora lllore como un labriego de Caledonia, es siempre digno de compasion. Cuando suene la campana en el templo contiguo, y la luz no tenga color, y el tumulto del mundo no vibre ni aun débilmente en nuestros oidos, y vaga el alma por las sombras de una region estraña y de inmensidad sin aire, sin movimiento, sin colores, ¿cuál será su destino? Esta cosa que piensa en mí, que crea en mí, ¿qué será despues?... Mis dias pasan como la última vibracion de la cuerda de un arpa; mis placeres no han dejado mas que algunos recuerdos para las noches de insomnio, y algunas horas dedicadas á la soledad.... Preguntaré á mi alma, cuando pise las flores que cercan inodoras el sepulcro de mi buena madre, si espera en el porvenir? ¡Oh mañana! como un largo fantasma se desliza el tiempo sobre nuestras cabezas, y el corazón se va estrechando y palpita temeroso que la brisa de viento que va á llegar, que ya casi ondula los rizos de mi cabellera, traiga una gota de las innumerables que la copa de la muerte va esparciendo sin cansarse.... El hombre! es la esquisfe en las borrascas del Sur, es la lámpara moribunda de un templo abandonado, es la última mirada del reo en manos del verdugo.... Dios sin embargo reserva al poeta horas de meditacion, horas en que el Eterno está inclinado sobre la tierra para escuchar los sollozos del men-

digo, la oracion del desgraciado y la voz de la madre que vela junto á la cuna del niño moribundo.... El silencio de la noche es para el corazon sensible.... la luz del dia para el hombre que puede reir.

V. Boix.

ANTIGUEDADES ROMANAS.

Descripcion del Anfiteatro Flavio.

Los anfiteatros fueron edificios esclusivamente destinados para los espectáculos sangrientos, como el de los *Gladiatores* y bestias feroces, y aunque este nombre fué tomado de la lengua griega, no conocieron los griegos esta clase de edificios hasta que fueron dominados por los romanos: y si bien los juegos anfiteatrales fueron debidos á las instituciones itálicas, no tuvieron los romanos anfiteatro estable hasta el tiempo del Emperador Augusto, en que Tito Hatilio edificó uno en el campo Marcio, donde está hoy el monte Citorio. Augusto mismo pensó edificar uno en el centro de Roma; y Vespasiano, adoptando esta idea, tomó al efecto el vastísimo espacio que ocupaba la casa áurea de Nerón, y en el penúltimo año de su vida se dió principio á la obra. Concluido, pues, por Flavio, tomó el nombre de Anfiteatro Flavio, el cual conserva todavía, y segun Beda, escritor del siglo VIII, muchos siglos despues, por su grandeza colosal le llamaron Coloséo.

La dedicacion de Tito fué tan suntuosa, que á su memoria dedicaron algunas páginas Seutonio y Dione. Los juegos duraron cien dias. Cincuenta mil bestias feroces fueron despedazadas, y mil parejas de gladiadores dejaron de existir. Este magnífico edificio sufrió varios incendios por haberle suplido en su origen algunos trozos de madera; pero fué tan horroroso el que ocurrió en tiempo de Macrinio, que mandó este Emperador reponer inmedia-

tamente de materiales sólidos todo lo que devoraron las llamas.

Abolidos para siempre los juegos de gladiadores por Onorio, continuaron en el siglo V solo los de bestias feroces, y quedó bastante arruinado el anfiteatro por los repetidos terremotos experimentados en los años 439 y 480: mas habiéndolo recompuesto, permaneció intacto hasta el año 523, en el cual se dió la última funcion de esta clase, segun el expresado Beda. En el siguiente siglo comenzó su destruccion, y hasta fines del undécimo sirvió de fortaleza á los *Francispanos* y *Anibaldos*, familias ribales que lo tuvieron alternativamente, conservándolo los últimos hasta el año 1312, en el cual volvió á ser otra vez propiedad del público. Destinado de nuevo á espectáculos se dió en 1332 un lucidísimo tornéo; pero bien pronto perdió este destino, porque treinta años despues fue tal su abandono, que llegó á servir de cantera para la construccion de casas. En el año 1381, que ya le faltaba toda la parte que mira al *Celio*, fue destinado para hospital, y ni esto pudo impedir que se continuase su demolicion, que produjo materiales para el palacio de Roma que se edificó en el siguiente siglo, á últimos del cual, Pablo II construyó el de Venecia. Pocos años despues, el cardenal Ricardo levantó el vastísimo palacio de Cancillería, y en 1640 de los sellares del coloséo edificó Pablo III el magnífico palacio Farnese, y Clemente undécimo, solo de los materiales de un arco que derribó el terremoto de 1703, construyó el puerto de *Ripetta*.

(CONCLUIRÁ.)

DERECHO CRIMINAL.

Parece increíble que en el siglo XIX subsista entre nosotros casi la misma legislacion criminal del siglo XV. Verdad es que á impulso de la civilizacion y de la filosofía moderna se ha templado el ri-

gor en algunas penas de nuestros bárbaros códigos; pero poco ó nada hemos adelantado con respecto á la celeridad ó rápido curso de los juicios, que en su marcha lenta se hace desaparecer el crimen muchas veces, y otras se sepulta al supuesto reo (cuando las acusaciones resultan injustas) en un suplicio lento y espantoso, tal como el que sufre un desgraciado en los oscuros, angostos y pestilentes calabozos ó mazmorras que sirven de cárceles todavía, en casi toda España, resultando en ambos casos una opresion excesiva que siempre reprueba la humanidad. Si el tratado como reo aparece serlo efectivamente, y se le condena en el fallo último á pena corporal, la lentitud imprescindible en el curso de la causa por los vicios de que abunda nuestro modo de enjuiciar, hace sufrir dos penas al desgraciado: primera, la que experimentó en una prision dilatada y penosa, cuando menos, si ya no se le atormentó cargándole de grillos en una mazmorra hedionda: segunda, la que se le impone en el último fallo. Así hemos visto mil veces salir al patíbulo un reo, despues de sufrir dos, ó tres, ó cuatro, y hasta catorce y quince y mas años de tan afflictivo encierro.

Si el tratado reo aparece inocente en el delito y se le absuelve de la instancia, cuando se le concede la libertad; tal vez se le podía aplicar la prision sufrida por pena de un delito no leve. Esto es injusto, porque no hay circunstancia que pueda justificar la afflictiva opresion de los encierros. Se ha dicho y está reconocido, que las cárceles son para asegurar y no para afligir á los reos; y sin embargo se les atormenta, se les castiga de un modo inhumano, antes de ser condenados á pena corporal. ¿Por qué no ha de poder conciliarse la comodidad y la decencia con la seguridad? Todo reo, desde el momento en que perpetra el delito ó crimen, ya es un desgraciado; es un ser maldecido por la sociedad; es un hombre que pertenece á la desgracia, perteneciendo su vida á la ley, y su honor al verdugo.

Trátesele, pues, como á un miserable, y no se le martirice cuando se le quiera asegurar mas por la mayor gravedad de su delito ó delitos.

Nuestra legislacion criminal, como en todas las naciones, hasta en las que blasonan de mas civilizadas, exige reformas de alta trascendencia para llegar á un grado mas de perfeccion. En todos los estados de Europa, como en España, rigen y están en práctica todavía unas leyes formadas en tiempos de ignorancia y barbarie, exigidas por la necesidad en circunstancias dificiles de una época, en que la venganza pronunciaba, y la cólera ejecutaba los juicios, como dice el Sr. Larizabal.

Si el objeto de la sociedad en todos tiempos fue y es el de auxiliarse, socorrerse y protegerse recíprocamente los hombres en sus necesidades, perseguir los delitos y castigarlos, preciso es que la filosofia legal dirija la administracion de la justicia, ya adhiriendo las penas á las necesidades del siglo y al progreso de las luces, ya perfeccionando la actuacion práctica de los procesos hasta el punto posible en que se salve la impunidad. Mucho diremos sobre una materia tan útil é importante al mejor orden, existencia y seguridad social; pero concluiremos por ahora haciendo una observacion, digna en nuestro concepto de reducirla á ley, porque ha merecido la sancion de algun legista envejecido en la magistratura.

Al grado de malicia y deprabacion á que han llegado los hombres en el siglo presente, efecto preciso del abandono de costumbres y educacion nacional, sin las cuales son inútiles las leyes, apenas se ofrecerán algunos casos en que el juez, sujetando su fallo ó aplicacion de la pena á lo que resulte del proceso, como debe segun ley, pueda imponer al reo el merecido castigo, sin embargo de que allá en su corazon y su conciencia le condenase rectamente hasta en la pena de muerte, bien porque en las impresiones, rostro, turbacion, ademan y palidez del acusado, conociese que era el verdadero

delincuente, bien porque á alguna de estas circunstancias ó señales, reuniese el magistrado indicios vehementes é indudables que le ofreciese la causa para la calificación de un reo. No tendrá lugar la aplicación de pena corporal, y menos la de muerte, ni el juez la impondrá cuando el delito no resulte probado en el proceso, con pruebas tan claras como la luz del día, y que no dejen la menor duda sobre el delito y delincuente. Esto previenen nuestras leyes; pero algunos magistrados han sido tan exactos y estrictos en su interpretación, que aun viendo probado el delito, han vacilado aplicar el castigo, dudando si aquel estaba ó no probado con tanta claridad como arroja el sol en medio de un cielo sereno: así hemos visto disminuirse las penas en caso de gravedad, y aun absolverse al reo, quedando impunes los crímenes, siendo inútiles los clamores de la vindicta pública que reclamaba imperiosamente el rigor de las leyes.

Pero no incurrir en una impunidad tan perjudicial al Estado como escandalosa, y tan frecuente como la experiencia ó la práctica ha demostrado, por no caer en la injusticia de un castigo, tal vez los informes justificativos de personas de conocida honradéz, sobre la vida privada del acusado, costumbres y otras circunstancias, unidos á los indicios vehementes que apareciesen en el proceso, pudieran formar una prueba clara é indudable del delito; al menos en varios casos, como por ejemplo, el robo; y aun cuando se pudiese dudar sobre la certeza del reo, y por los informes justificativos de personas íntegras y honradas apareciese ser un hombre sin ocupación ni ejercicio alguno en el estado, lleno de vicios y sin bienes que le produjesen una subsistencia mas que mediana, como algunos ostentan sin poseer nada, condebandosele á deportación perpétua, siempre refluiría un bien á la sociedad con la expulsión de semejantes hombres, y no llorarían en la miseria algunas familias que no pueden reclamar en juicio la reparación de su

ruina y el castigo del autor de sus males.

J. M. Bonilla.

(CONTINUARÁ.)

COSTUMBRES.

NO MAS TEATRO.

Hacia algun tiempo que mi esprimido caudal no me permitía asistir al teatro, porque el caudal de poeta permite pocas cosas, y á beneficio de unos versos filosóficos que me compró cierto periodista transeunte, estiré mis cuentas cotidianas por ver si prestaban hasta dos entradas y dos lunetas, para un amigo tan estropeado metálicamente como yo, y para un servidor de ustedes (gracias), y saco la cuenta tan justa, que casi no cabíamos en lunetas. Por fin se estiró la cosa, y hétenos á mi amigo y á mí en el centro de la fila cuarta, echando miradas de *negligé* y de importancia á los palcos principales y á la cazuela.

Comienza á llenarse el teatro; desenvainan los músicos sus instrumentos, y me dice mi amigo ¡buena entrada! Vaya una música excelente. Veremos qué tal es la pieza. — Tú verás qué tal es la pieza, le repliqué, y yo veré qué tal son los espectadores.

Rompe la orquesta, no con alguna pieza de ópera ó cosa parecida, sino con un valsecillo que tocaban las ranas dentro del arca de Noé. Ese vals es antiquísimo, me dijo el amigo. — Pues lo tocan todas las noches... por variar. — Me gusta la variación. Acaban el valsecillo del diluvio universal; es decir, de aquellos tiempos, y comienzan á rascar un rigodon tan mono, y al que le habian consagrado los músicos tal amor y tan profundo cariño, que desde el año 1829 nos lo estaban sonando: sin duda fue lo único que no se heló en aquel año tan escesivamente frio. ¡Así se hubiera helado el sempiterno rigodoncillo, aunque la solfa no tiene la menor parte en nuestro fastidio, sino los que sabemos por ahí! No

es lo peor la tocadura de tan vetustas piecillas, sino su repeticion á cada entreacto. Hay momentos que el estar completamente sordos, seria una felicidad para muchos. Adelante.

Abrese la escena, pára cada músico cuando quiere no soplar ó hurgar mas, y se dá principio al drama. Ya estábamos en la segunda ó tercera escena, y aun habia señoritos que tenían la bondad de prensarnos las rodillas entrando á sus asientos, dándose una mano al cabello. Esto no estaba en el drama; pero adelante, páse. Mientras yo forcejaba por oir á los actores, dos individuos enterrados en prolijos *sortís*, que se me pegaban al cogote, me obstruían ó interceptaban el oido con su conversacion á media voz. No pudiendo sufrir mas, me vuelvo, le echo una mirada de reprobacion á su inaguantable murmullo, y tuvieron la prudencia de no darse por entendidos. Mi amigo iba á decirles ¡silencio! y yo se lo impedi aplicándole el codo á su ventriculo con poco cariño. Callaron cuando quisieron; me bullía la sangre mientras hablaron, y apenas voívia á tomar el hilo del drama, suelta el espectador una risotada universal, casualmente en la escena mas patética. ¿Qué es eso? pregunté yo: ¿de qué rie el espectador? —De un perrito que asomó entre bastidores. — ¡Cosa rara! Dios bendiga á los que de tan poco rien, y Dios guarde al autor del drama de presenciar estas risas.

Pása aquello, y viene lo otro: este otro fue un niño tan aficionado á llorar cuando le daba la gana, que soltó el lloro á lo mejor de otra escena, interrumpiendo por segunda vez la representacion. ¡Qué madres tan prudentes! A todo esto me pregunta mi incauto amigo medio riendo: ¿te diviertes? ¡Psi! eso dicen; pero yo estoy para llorar de coraje.

Acaba el acto; suena la orquesta aquellos valsecillos y rigodoneillos tan ancianos que se caen de puro viejos, y sigue el drama. Llega su complicacion; se aproxima el desenlace: el señor Montañó ejecuta tres pasajes dignos de aplauso: el

espectador permanece papando moscas, y cuando menos lo soñábamos ni habia por qué, comienza un estrepitoso palmito acompañado de *bravo*, *bravísimo*. Pregunto qué se aplaudía, y nadie me dió razon. ¡Voto á Lucrecia Borgia que estuve por echar á correr de allí. Pása tambien aquello, y vuelve otro *otro*. Este otro *otro*, es otro individuo relamido que trabó conversacion con otro que estaba tres filas atrás nada menos. De cuando en cuando miraba á la escena, y haciendo ascos y visajes, asi como dándose inportancia de inteligencia, decia al de retaguardia: «eso no vale nada; ese drama apesta; mal ejecutado; muy mal: para dramas no hay como Margarita de Borgoña. ¡Oh! La *Tour de Nesle*. Aquí llegó el final del drama, y el de impaciencia, y el del charlar de aquellos buenos hombres que me introdujeron por las orejas un *cólera-morbo* que me llevaba al otro mundo, impidiéndome poder dar razon de lo que miré y escuché, porque no ví ni oí.

Ardiéndome el cráneo como un fósforo, iba á saltar de la luneta, y mi amigo se empeña en que viésemos el baile. Yo tenía miedo á la orquesta, no por lo mala, sino por las antigüedades que nos suena, y al fin convine en quedarme hasta despues del baile. Bastante me arrepentí. Sale de la cazuela una voz agorrotada pidiendo *El Sereni!* por aquí, *El Himno de Riego!* por allá, *La Manola!* hubo quien pidió *El Tripili!*; quien *El Fandango!*; quien bramaba por pura aficion; quien silbaba á silbo tendido.... ¡Uf! ¡qué barahunda tan infernal! No pude mas; y llevándome á remolque á mi amigo que reía de aquellos bramidos, salí de la luneta echando los bofes por el corredor, diciendo con toda mi alma: »Si esto es diversion, no mas teatro.»

J. M. Bonilla.

Valencia:

IMPRENTA A CARGO DE LLUCH,
PLAZA DEL ENBAJADOR VICH.

Editor, J. M. BONILLA.